

Creada por
una diosa,
enamorada de
un monstruo...

LOS INSOMNES



JEN WILLIAMS





BIENVENIDOS A UN MUNDO DE DIOS Y MONSTRUOS...

Elver fue sacrificada en nombre de un dios sangriento cuando era solo una niña, pero la Reina de las Serpientes la reclamó como su hija, reemplazó su sangre por veneno y le devolvió la vida.

Artair es un insomne. Mientras duerme, es poseído por un espíritu de deseos violentos, y por eso vive aislado. Sin embargo, cuando una poderosa fuerza lo obliga a salir al mundo, una misión lo pone cara a cara con Elver. Y la chica venenosa descubre que él es el único humano a quien su toque no puede matar.

Cuando decide ayudarlo, no sabe que Lucien -ese Otro que lo habita- está empeñado en manipularla para sus oscuros

propósitos. Pero Elver también esconde secretos y tiene sus propias razones para fingir una alianza con estas dos almas.

Atrapados en el fuego cruzado de dioses, monstruos y una magia peligrosa que apenas pueden comprender, es solo cuestión de tiempo antes de que sus elecciones hagan arder el mundo hasta los cimientos.

Con toda su magia y un triángulo amoroso nunca antes visto, *Los Insomnes* te dejará hechizado.



JEN WILLIAMS

Es una escritora londinense que reside en Bristol con su pareja, también autor de fantasía, y su pequeño gato.

Escribe novelas con mucho humor, magia y horror, y protagonistas femeninas fuertes. En 2015 fue nominada a Mejor Revelación en los British Fantasy Awards.

Además de leer, escribir y dibujar, ama la animación, la historia, los murciélagos, las películas de terror y los juegos de fantasía en los que un elfo sexy puede romperte el corazón.

www.sennydreadful.co.uk

PHOTOGRAPH © LOU ABERCROMBIE

Traducción:
Julián Alejo
Sosa



LOS INSOMNES

JEN WILLIAMS



*Para Pete, por darme la más inesperada
de las historias.*



PRÓLOGO

El sol se asomaba por el horizonte y las serpientes no habían dejado de gritar en toda la noche.

La niña había permanecido despierta en la cama escuchándolas, al igual que todos los ciudadanos de Addersport. Había empujado su cama contra la ventana para oírlas con especial atención: sus voces eran agudas e inquietantes, un sonido que le recordaba a un dedo húmedo deslizándose por un cristal. Addersport estaba junto al mar, más bien dentro de él. Numerosos canales atravesaban la ciudad como las venas de una hoja y las pequeñas serpientes marinas nadaban por estos sin mayor preocupación, haciendo que cada uno resplandeciera con sus escamas azules, verdes, amarillas y negras. Cruzar un puente en Addersport, por estos días, era arriesgarse a sentir una serie de dientes afilados en los tobillos. Los caminos que bordeaban los canales eran demasiado peligrosos. La ciudad estaba sitiada.

Esa mañana, durante el desayuno, corría el rumor en el orfanato de que los oficiales de la ciudad habían traído una maga para lidiar con estos monstruos despiadados: una

devota de uno de los doce dioses; una que podría pedir un deseo y desterrar a las serpientes. La niña miró su tazón de avena y pensó: ¿qué dios? Tal vez, el Cuervo Encapuchado. El dios de la muerte podía convertir a todas las serpientes en alimento para gaviotas en un abrir y cerrar de ojos. O tal vez la Jauría, el dios de la caza, que podría bendecir a los barcos pesqueros de la ciudad y darles la fuerza suficiente para acabar con las bestias.

Afuera, los gritos continuaban.

Por la tarde, mientras los niños se reunían en el polvoriento salón de clases, llegó un grupo de hombres con los uniformes de la guardia de la ciudad. Tenían rostros ilegibles y sombríos. La niña, sentada en su pupitre junto a la puerta, no alcanzaba a oír lo que decían los guardias y el administrador del orfanato, pero sí llegó a ver que le entregaron una pequeña bolsa. Se veía pesada y emitió un tintineo metálico cuando él se la guardó en el bolsillo. Una vez que los guardias se marcharon y el administrador volvió desde la puerta principal, alzó la mirada y la vio a ella. Para su sorpresa, el rostro del hombre, siempre de un color cenizo, se ruborizó con intensidad y se marchó enseguida. La niña, al mirar el suelo polvoriento donde él había estado parado, sintió un escalofrío en todo el cuerpo. Algo estaba pasando y no era nada bueno.

Por eso, cuando fueron a buscarla, no se sorprendió demasiado. Fue en medio de la tarde, cuando los huérfanos trabajaban zurciendo ropa por unas pocas monedas. Un chico y una mujer joven llegaron al taller y se quedaron allí

unos instantes, observando a los niños. Iban tan bien vestidos que los huérfanos guardaron silencio de inmediato. Rara vez recibían visitas y mucho menos de personas vestidas con sedas borgoñas e hilos dorados. El chico debía tener unos trece o catorce años y era atractivo de una manera algo fría. Tenía el cabello negro peinado hacia atrás en una trenza y sus ojos castaños, casi dorados, parecían devorar ávidamente todo lo que miraban. La mujer, que aparentaba unos veinte años, tenía piel morena y el cabello oculto bajo un retal de tela bordada. Ambos llevaban en el pecho un broche de oro solido con forma de león, cuyas garras estaban cubiertas por rubíes que parecían sangre.

La niña, que con sus doce veranos era la mayor del grupo, se incorporó sobre su montaña de tela. El corazón le latía demasiado rápido y el aire se sentía espeso, cargado de peligro. *Mantén la frente en alto*, pensó.

-¿Quiénes son? -preguntó ella. No había ningún adulto responsable presente. El administrador, curiosamente, estaba ocupado-. ¿Qué quieren?

-Impertinente -dijo la mujer, sin rastro de ira. En todo caso, parecía aburrida-. ¿No ves con quién estás hablando?

-Acólitos de la Garra Sangrienta -respondió la niña, mirando el broche del león. Podía sentir cómo los otros niños la observaban. Se aclaró la garganta-. O eso creo. Pero ¿qué quiere la Garra Sangrienta con los huérfanos?

-Es lista -señaló el chico, apenas volviéndose hacia la mujer que lo acompañaba-. Sabes que a Madre le gustan

más cuando son inteligentes, Dalesh.

La niña parpadeó. ¿Eran hermanos?

La mujer soltó un quejido.

-*¿Qué sentido tiene un sacrificio si no pierdes nada?* -dijo como si estuviera recitando algo que había repetido muchas veces-. A nuestro Señor le gusta que su comida suplique con elocuencia y grite con gracia -suspiró-. Pero nos pidió que miráramos a *todos*. Madre nos confió una tarea importante.

-Está bien. -El chico sacudió la mano como si estuviera espantando un montón de moscas-. Tengo un presentimiento. Y ya sabes que Madre confía en mis presentimientos.

La mujer hizo una mueca de disgusto.

-Está bien.

-Entonces, está decidido -dijo él, con una sonrisa punzante y vacía de calidez. Señaló con impaciencia a la niña-. Ven, tú. No tenemos todo el día. Vienes con nosotros.

La niña dio un paso hacia atrás. A su alrededor, los demás huérfanos también retrocedieron, como si temieran compartir el mismo destino si estaban demasiado cerca de ella.

-No iré a ninguna parte con ustedes. -Formó dos puños-. El administrador no puede vender niños. Esta no es una aldea remota donde pueden hacer lo que les dé la gana. Esto es Addersport. -Respiró profundo-. Van a tener que sacarme a rastras.

El chico suspiró.

-Si insistes.



Bajo el sol del verano, el aire estaba saturado por el sonido de las serpientes. Unos guardias de la ciudad arrastraban a la niña por las angostas calles, evitando los canales principales, hasta que llegaron a la Roca del Abismo: una enorme formación natural que brotaba del lecho marino justo en los límites de Addersport. Hacía siglos, la ciudad había construido su puerto en torno a esa roca. Le habían tallado escalones en uno de los lados y una plataforma llana en la cima. En otros tiempos, los ancianos subían allí para avistar piratas y saqueadores; en ocasiones especiales, se celebraban bodas y, durante los días festivos, se arrojaban flores al agua. Cuando la niña llegó, la roca ya estaba rodeada por una gran multitud de ciudadanos. Permanecían en silencio, ya fuera porque la estaban observando a ella o a la figura que se erguía en la cima. La niña apenas podía distinguirla, puesto que el sol la envolvía en un fulgor cegador, convirtiéndola en nada más que una silueta oscura.

-¿Qué está pasando? -había preguntado, mientras la llevaban por las calles, su voz fluctuando entre la rabia y el miedo, lanzando todos los insultos que conocía. Pero ninguno de los guardias respondió. Ahora, el chico de ojos crueles y la mujer llamada Dalesh se hicieron cargo de ella.

-Has sido elegida para cumplir un gran honor este día -dijo el chico. La sujetó del brazo y empezó a subirla por los escalones en la roca. Era más alto que ella y no tuvo dificultad para moverla. Dalesh caminaba al otro lado, sujetándola aún con más fuerza-. Pronto conocerás a Madre Maura, una de las magas más célebres de todo Tlevrae. Vaya si eres afortunada.

-¿Una urraca? -La niña se echó hacia atrás, intentando liberarse-. ¿Me están llevando ante una maldita *urraca*?

Dalesh le presionó el brazo con demasiada fuerza.

-Ni se te ocurra decir eso frente a Madre -advirtió con un tono inalterable-. Detesta ese apodo. Muestra respeto o te arrepentirás.

-Aunque -agregó el chico, casi riendo-, no vas a tener mucho tiempo para arrepentirte.

Llegaron a la cima de la Roca del Abismo. El mar se extendía frente a ellos, azul profundo en la distancia, pero blanco y verde bajo la roca. La figura se acercó a ella y alzó una mano pálida de uñas rojas. Tomó la muñeca de la niña y, en ese instante, toda resistencia abandonó su cuerpo. Allí, no tenía poder alguno.

-¿Esto es lo mejor que consiguieron? ¿Una niñita andrajosa? Apenas es un bocadillo para nuestro Señor. -La voz de la mujer era rica y profunda, como el ronroneo de una bestia letal-. Ofrecerle menos de lo que desea es peligroso. No debí confiar en ustedes.

La niña reunió fuerzas para alzar la cabeza y mirarla, las uñas de la mujer se le clavaban en la piel. Era alta e

imponente, tenía los pómulos marcados y una cabellera castaña rojiza abundante que caía sobre su espalda, suelta y trenzada a la vez. Un único mechón blanco nacía en su sien y se perdía entre la enorme maraña caótica. Llevaba una túnica escarlata y una diadema dorada con una garra rubí en el centro. Sus ojos eran de un verde amarillento punzante.

-Es la elección correcta -dijo el chico, lleno de confianza-. Estoy muy seguro, Madre. Es valiente e inteligente y *desborda* una energía agresiva. Tiene mucha resistencia. Si hubiera tenido la oportunidad de vivir su vida, sin duda habría hecho algo importante. ¿Y no es eso lo que nuestro Señor encuentra más delicioso? Todo ese potencial, solo para Él. Será más que suficiente para alimentar este hechizo.

-Solo yo puedo juzgar eso -replicó Madre Maura con brusquedad, arrastrando a la niña hasta el borde de la formación rocosa. Abajo, las serpientes marinas se retorcían en el agua en un frenesí hambriento, mientras sus cuerpos relucientes emanaban destellos dorados y plateados bajo el sol-. ¿Las ves, niña? -Madre Maura se asomó con los labios apretados-. Bestias jih inmundas. Monstruos repulsivos. No han hecho más que entorpecer el comercio de la ciudad durante semanas. Y eso sin contar todas las vidas perdidas. Once muertos, creo. -Hizo una mueca de asco y dejando al descubierto sus dientes blancos y perfectos-. Once vidas desperdiciadas, solo para alimentar a un gusano. Cuánto derroche. Pero tú, querida,

tú puedes salvar la ciudad. Tu vida no será un desperdicio. Cuando las serpientes te despedacen, tu alma será devorada y saboreada por mi Señor y, entonces, Él me concederá una pizca de su poder para expulsarlas.

La niña abrió la boca, intentando obligar a las palabras a tomar forma en su lengua.

-Suél... ta... me.

Madre Maura rio. La tomó del frente de su túnica y la acercó aún más al borde, hasta que la niña pudo sentir el abismo a sus espaldas. La maga se inclinó hacia adelante, extendiendo un brazo, y la niña tembló. Solo tenía que soltarla y entonces moriría, caería al mar como una roca lanzada sin esfuerzo hacia un estanque. Miró por encima del hombro de Madre Maura y vio a los acólitos mirando con atención. Dalesh parecía incómoda, como si todo aquello le resultara desagradable. Pero el chico la miraba con ansia y entusiasmo en sus ojos castaños.

-Mi Señor, la Garra Sangrienta -recitaba Madre Maura, alzando la voz por encima del rugido del mar y los chillidos de las serpientes-. Toma esta vida llena de posibilidades, aliméntate de ella y concédeme tu bendición.

Algo empezó a resplandecer alrededor de la mujer, como la neblina cálida sobre los caminos en los días más calurosos. Los ojos de Maura destellaron como los de un gato y la niña sintió que había algo más allí, entre ellas: algo vasto y poderoso, algo que apestaba a sangre.

-¿Cuál es tu nombre, niña?

-Elver. -Durante un instante la niña se preguntó si pronunciar su nombre la salvaría; si, al ser nombrada, la maga se apiadara de ella.

Pero la mujer rio.

-Adiós, Elver.

Madre Maura la soltó y la niña cayó al mar.



Tuvo una horrible sensación de vacío y luego se estrelló contra una masa dura y fría de cuerpos. Por un momento, fue como si el mar se hubiera desvanecido; había caído en un reino hecho de serpientes, una tierra sólida de bufidos y escamas que parecían monedas de plata. Se le salió una sandalia, vio sangre en el agua, y luego un dolor como nunca había imaginado envolvió su estómago. Una enorme serpiente amarilla la llevaba en su mandíbula, clavando sus largos dientes serrados en su carne. No tuvo aire ni tiempo para gritar. Un momento después, fue arrastrada hacia las profundidades del mar negro, entre cientos de cuerpos que se retorcían, alejándose del sol a toda velocidad, dejando atrás el mundo de los humanos.

Estoy muerta, pensó. Estoy muerta.

Y, entonces, otra cosa empezó a fluir por sus venas, algo frío y oscuro, que devoró su propia sangre roja y la reemplazó con veneno. Los párpados de la niña se abrieron y se cerraron una o dos veces, un extraño espasmo como

un hipo que recorrió todo su cuerpo, cuando su último aliento la abandonó. Una vez que volvió a abrir los ojos, la vida interna del mar se reveló ante ella como una corona centellante de colores y la vasta cabeza de la serpiente amarilla flotaba ante ella. Cuando la criatura habló, su voz resonó dentro de su cabeza como el tañido de una campana.

Bienvenida a casa, niña venenosa.



CAPÍTULO UNO

Cinco años más tarde

Las campanas del amanecer de la Torre Dorada de la Mañana Perpetua eran tan potentes que zumbaban en los oídos, tan fuertes que podrían despertar a los muertos. Debía ser así, puesto que era vital que todos los Insomnes del monasterio estuvieran completamente despiertos.

Fue así como, de repente, Artair despertó.

Lo hizo como todos los días: sentado en una silla frente a la pequeña ventana enrejada de su celda, sin recuerdos de haberse sentado allí ni de haber movido la silla. El *Otro* lo había hecho. La taza de cerámica con la que bebía agua y té estaba destruida en el suelo. Y, a juzgar por la mancha de humedad en la pared, suponía que el Otro la había arrojado allí durante uno de sus ataques de ira.

Haciendo una mueca por el dolor familiar en la espalda (solo por una vez, le gustaría que el Otro pasara la noche en la cama angosta en lugar de deambular por la habitación sin parar o quedarse sentado en la silla), Artair

se incorporó, se estiró y se lavó la cara en el lavabo de agua fría. Despertaba al amanecer desde que era un niño y ya estaba acostumbrado al exigente cronograma de la Torre Dorada. Aun así, miró con anhelo la cama, cuyas sábanas y almohada aún estaban intactas. Tal vez podría recostarse un momento, descansar hasta que el hermano Benzin pasara con su ronda matutina... Pero acostarse estaba prohibido para los Insomnes fuera de las horas autorizadas. Después de todo, siempre existía el riesgo de que se olvidara y se quedara dormido, y que entonces el Otro apareciera. Si eso ocurría, nadie podía predecir lo qué sería capaz de hacer.

No muy lejos, un recuerdo oscuro cobró vida en el fondo de su mente: un olor sofocante a humo, un sabor a carne quemada en el aire... Artair se arrojó más agua fría en la cara para espantar esos pensamientos.

-El cimiento de la torre es la vigilancia -balbuceó.

Había un pequeño espejo sobre el lavabo, alterado por los años y apenas opacado en una esquina. Se miró en el reflejo y buscó en su rostro rastros del Otro, como hacía todas las mañanas. Le resultaba imposible creer que, hacía solo unos minutos, otra consciencia había controlado sus ojos castaños, movido su boca y la había hecho sonreír, fruncir el ceño... o gritar. El espejo le devolvió la imagen de siempre: una nariz recta y alargada, una mandíbula marcada, una cicatriz fina que le cruzaba la ceja derecha, aunque esta no había sido obra del Otro, sino un accidente con las varas de entrenamiento que usaban los novicios

todas las tardes. Sus ojos castaños lo miraban con la habitual mezcla de curiosidad y determinación. Su cabello oscuro estaba despeinado y enmarañado, como si el Otro hubiera pasado la noche revolviéndolo, pero eso podía solucionarse con un peine y un cepillo. Al menos no se lo había arrancado, como había hecho en otras ocasiones.

-¡Buenos días, Artair! -El rostro del hermano Benzin apareció por la pequeña ventana en la puerta. Era un hombre afable, rubicundo, con barba gris y la túnica blanca de su orden con manchas de tierra y césped; siempre que podía, trabajaba en los jardines-. ¿Estás con nosotros?

Artair se acercó a la puerta para recitar el verso del día. Todos los días recibían uno nuevo, para que los hermanos y hermanas del monasterio supieran con quién estaban tratando.

-“El pez de plata en el mar aletea, el tejón hace su cueva en la ladera”.

-Sí, sí, está bien. -La puerta se sacudió cuando Benzin la destrabó con las llaves que llevaba en una argolla en su cinturón-. Un poco simple para mi gusto, pero la hermana Rosea consiguió un nuevo libro de poesía en una tienda de Addersport y me temo que está bastante obsesionada con él. -La puerta se abrió y Benzin se hizo a un lado-. Prepárate para más rimas inspiradoras con *gato* y *pato*, o, que los Doce nos salven, *río* y *frío*. Cielos, mira ese cabello. ¿Asumo que tuvimos una noche difícil?

Artair sabía que no era una pregunta de verdad. Después de todo, ¿cómo podía saber lo que había hecho el Otro?

Pero, de todos modos, sintió que sus mejillas se sonrojaron.

-¿Se escucharon ruidos en mi celda?

El hermano Benzin se encogió de hombros y le dio una palmada afectuosa en el hombro.

-En todas las celdas hay ruidos por la noche, amigo mío. No dejes que te afecte. Después de tus meditaciones y ejercicios matutinos, voy a necesitar tu ayuda en la huerta, ¿te parece?

Cuando Benzin se marchó para continuar su ronda por las demás celdas de la torre, Artair volvió a su cuarto, humedeció el peine y pasó unos minutos intentando domar su cabello. Tenía la sombra de una barba incipiente, aunque no era tan tupida como para ir con la hermana Rosea a que lo rasurara; las hojas afiladas estaban estrictamente prohibidas en las celdas de los Insomnes. Cuando terminó de arreglarse lo mejor que pudo, se tomó un momento para barrer los restos de la taza rota y los colocó sobre la pequeña mesa de madera que había en un rincón. Fue entonces que notó que uno de los fragmentos de cerámica había sido usado para raspar un mensaje en la superficie de la mesa. Las palabras lucían inestables y llenas de frustración, como si quien las hubiese escrito solo hubiera tenido unos minutos para hacerlo y no toda la noche.

DÉJAME SALIR

-Nunca -dijo Artair. Pasó los dedos por encima de las palabras y pensó: *mis manos hicieron esto*-. Nunca te dejaré salir.



CAPÍTULO DOS

Elver rompió la capa de hielo verde que cubría la laguna con un pie descalzo, disfrutando el crujido tenue mientras se metía en el agua hasta los tobillos. Hubo una ola polar por la noche y, en esta parte más profunda y oscura del bosque de los jih, casi nunca pasaba un día sin que hiciera un poco de frío. Avanzó lentamente hacia la parte más profunda de la laguna, hasta que el agua negra y gélida le envolvió el pecho. Desde que la Reina de las Serpientes había cambiado su sangre por veneno cuando era niña, el agua fría ya no le molestaba tanto. Ahora era una jih, un espíritu monstruoso en el bosque de los monstruos, y el mundo natural apenas podía causarle malestar.

En medio de la laguna, que era uno de los ojos de agua más chicos del bosque, había una isla pequeña e irregular hecha de juncos, lodo y sauces llorones atrofiados. Avanzó hacia ella lentamente, ya que no quería alarmar a sus residentes, pero todos estaban más conectados con el bosque que ella. Estaba por la mitad del recorrido cuando una cabeza erizada se asomó entre los juncos. Unos ojos

inmensos irradiaron una luz azul verdosa que, por un instante, iluminó la isla.

-Ey, soy yo, estoy sola -dijo Elver suavemente-. Solo vine a ver cómo están los cachorros. ¡Traje golosinas! -Levantó la bolsa que tenía en una mano y la criatura emitió un gruñido grave de satisfacción.

Solo en su silueta, los keltraxia parecían zorros de mayor tamaño, con hocicos alargados y colas peludas. Pero, de cerca, sus cuerpos estaban cubiertos por pequeñas escamas azules, salvo en las zonas donde crecían plumas rojas y naranjas. Sus orejas, cubiertas con estas plumas, parecían dos llamas pequeñas, lo que les valía el nombre con el que los conocían los humanos: fisgones de fuego. Pero a Elver ese nombre le parecía estúpido. La Reina de las Serpientes le había enseñado los verdaderos nombres de todos los espíritus jih del bosque.

En el agua a su alrededor, ella sentía el movimiento de otras criaturas: ranas, peces y serpientes acuáticas, pero los espíritus jih también eran criaturas con las que ella compartía un lazo estrecho. Algo con aletas plateadas y finas como una gasa y ocho ojos rojos le rozó la pierna y desapareció en un instante. Levantó un poco más la bolsa y siguió camino.

La isla estaba rodeada por un lodo negro y espeso, por el que Elver caminó con valentía hasta llegar a lo que, siendo generosa, podía llamar tierra firme. Justo al otro lado del muro de juncos, musgo y brezos, vio un enorme nido de lodo y ramas, sobre el que se encontraba la keltraxia

hembra. La criatura abrió la boca, saboreando el aire con su larga lengua, y las plumas escarlatas de sus orejas se erizaron como un ave levantando vuelo.

-Estoy segura de que puedes oler esto desde el otro extremo del bosque -dijo Elver, dejando la bolsa en el suelo junto al nido y abriéndola para que la zorra pudiera meter el hocico en su interior. Los caracoles verdes solo se encontraban en la parte más occidental del bosque y, como sabía cuánto los disfrutaban los keltraxia, siempre se aseguraba de recolectar unos cuantos cada vez que estaba por esa zona.

Mientras la zorra devoraba el contenido de la bolsa, ella se asomó hacia el nido. Dentro encontró un huevo que aún no había eclosionado y tres cachorritos saludables de keltraxia. Como habían nacido hacía poco tiempo, tenían más plumas que escamas, pero ya habían abierto los ojos y emanaban una luz más suave que la de su madre. Metió la mano en el nido y el cachorro más cercano le frotó el hocico contra la palma y se la lamió con su lengua áspera.

-Se los ve bien -señaló y, al mirar de nuevo el huevo, sintió cómo se desvanecía parte de su entusiasmo-. ¿No debería haber nacido ya?

La zorra la miró y las plumas ardientes de sus orejas decayeron.

Esa no, dijo la keltraxia con una voz que solo Elver podía escuchar. *Está fría y quieta, y no tuvo la fuerza suficiente para romper el cascarón.*

La chica asintió. Lo entendía: no todo lo que vivía en el bosque lograba sobrevivir, pero no dejaba de parecerle injusto. Desde la ladera sur del bosque, en las colinas que marcaban el inicio del cordón montañoso, se podían ver los caminos que llevaban a Addersport y, en ellos, un flujo constante de vida humana: viajeros, comerciantes, errantes. Iban a carretas y caravanas, a caballo o a pie. Parecía no haber fin para la vida humana en expansión y, sin embargo, este pequeño cachorro de keltraxia ni siquiera tuvo oportunidad de vivir.

Lo comeremos, agregó la zorra. Cuando los otros sean lo suficientemente grandes como para hacerlo.

Elver hizo una mueca de incomodidad. Pasó las manos por su cabello blanco como un hueso. Era así desde que la Reina de las Serpientes la había mordido. Se apartó del nido. La zorra se acercó y, por un breve instante, apoyó la cabeza sobre la de Elver: un saludo para la familia.

Los caracoles están sabrosos, dijo. Gracias, hermana humana.

-Ya no soy humana -replicó ella-. Pero de nada, amiga mía.



Elver regresó a su hogar junto a otro ojo de agua: el gran lago Serpentino, ubicado en el centro del bosque de los jih. Había encontrado la cabaña abandonada de un cazador al

Williams, Jen

Los insomnes / Jen Williams. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Julián Alejo Sosa.

ISBN 978-631-300-631-1

1. Narrativa Juvenil. I. Sosa, Julián Alejo, trad. II. Título.

CDD 808.068

Título original: *The Sleepless*

Dirección editorial: María Florencia Cambariere

Edición: Melisa Corbetta con Stefany Pereyra Bravo

Coordinación gráfica: Leticia Lepera

Diseño de portada: Arabella Jones

Ilustración de portada: Pablo Hurtado de Mendoza

Diseño de interior: Florencia Amenedo

Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2025 Jen Williams

© 2025 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Publicado originalmente en 2025 por First Ink un sello de Pan Macmillan.

ARGENTINA

Florida 833, piso 2, of. 203

(C1005AAQ) Buenos Aires

Tel.: (54-11) 5352-9444

e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO

Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810

Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México

Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995

e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: febrero de 2026

ISBN 978-631-300-631-1

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.



Seguinos en tu red favorita



VR.editoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Jen Williams
Portada
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro